



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

I

EL TERROR SAGRADO

El mundo del terror

Es un hecho, del que muchos de nuestros contemporáneos no se han dado cuenta, que, desde hace algunos años, desde la última guerra, después de los campos de deportación, del hundimiento de las ciudades bajo diluvios de bombas, del acontecimiento de Hiroshima, de los grandes éxodos y de las grandes matanzas, y de ese sorprendente silencio que se extiende como un manto sobre la Europa del Este, horadado a veces por el grito de un ajusticiado o de un suicida; hemos penetrado en el mundo del Terror.

Hemos penetrado en el mundo del Terror, por espacio de años, de decenas de años, quizá por mas tiempo todavía. Es posible que ninguno de los hombres que hoy viven vea, o ni siquiera vislumbre, en el término de ese extraño túnel, la débil, la imperceptible claridad anunciadora del día. Nosotros no podemos hacer nada, o casi nada, por salir de esta situación. Quizá no se trate mas que de resignarse, de adoptar una postura. Pero, en fin, para el caso en que pudiéramos hacer algo -y este caso es el mas probable, pues mientras el hombre conserve el poder frente a cualquier coyuntura de la historia, de decir sí o no, mantiene la posibilidad de desviar el determinismo de las cosas y de impedir que la Historia se convierta en Destino-, para el caso en que pudiera

nos hacer algo en este sentido y aún para el caso en que no pudieramos hacer nada, para nuestra propia tranquilidad de espíritu, es interesante -- conocer como podría lograrse.

Porque, en fin, el Terror no es consubstancial con la historia de los hombres. Desde los tiempos prehistóricos en los que dominaba casi por -- completo el temor a los azotes, naturales y sobrenaturales, el temor al hambre, a los animales enemigos del hombre y a los propios hombres...el Terror no ha hecho en las sociedades cultas mas que incursiones momentáneas, localizadas y seguidas de largos retrocesos: aproximación de las -- invasiones, reinado de tiranos sanguinarios, luchas religiosas. El ciudadano helénico, el romano de la época clásica --aun en tiempos de Nerón y de Domiciano se vivía tranquilamente en las provincias--, el artesano del siglo XIII, el súbdito de Luis XIV, o de Luis XV, o de Luis XVI, el burgués de Luis-Felipe, el campesino, el comerciante, el obrero y el banquero de Napoleón III, de Sadi Carnot y de Fallières han vivido libres del Terror. Yo pienso que, fuera de crisis con frecuencia horribles, en las que la sangre corría a raudales y la incertidumbre del mañana se extendía por todas partes, su vida pudo desarrollarse libre de la obsesión del peligro inmediato de la muerte, de la prisión, de la mordaza, de la tortura, del aniquilamiento posible de toda una comunidad, de la desaparición de todos los bienes individuales y colectivos, materiales e inmateriales. Pienso que ellos no han conocido ese estado de inseguridad per-

manente, de dependencia absoluta respecto al inmediato porvenir que hace que nadie en el mundo, hoy, pueda efectuar una apuesta a diez años de plazo; que ni los franceses, ni el alemán, ni el ruso, ni el americano -el más protegido, aparentemente, contra los azares de la vida-, no puede, con razón, asegurar que dentro de diez años existirán él, su mujer, sus hijos sus compañeros de trabajo, sus amigos, su pueblo, su nación, los pocos placeres o costumbres a las que él está habituado. Desde este punto de vista, el estado de espíritu de los que ya han sufrido los golpes y el estado de espíritu de los que se disponen a recibirlos, el torpor atónico de los que viven en los sótanos de las ciudades destruidas, la espera de las "poblaciones desplazadas" que se pudren en los campos de la Europa central sin saber si encontrarán jamás un hogar, un trabajo o una patria; el descenso hacia el fondo de la degradación humana que es impuesto a los proscritos en las obras de trabajo forzado siberiana; la tarea agotadora y las privaciones impuestas ~~impuestas~~ a los obreros rusos para fortificar la patria soviética contra una nueva "agresión imperialista"; el miedo a un nuevo fascismo entre los dirigentes revolucionarios y el miedo al comunismo entre los no comunistas; la angustia atómica que reina en el fondo de los corazones en esas enormes aglomeraciones de riqueza y de fuerza que son las grandes ciudades americanas; todas estas manifestaciones de un miedo universal tienen rasgos comunes y pueden ser consideradas como el resultado de una misma situación general, situación en-

la cual todo hombre, cualquiera que sea el lugar del mundo en el que habite y la categoría social a la que pertenezca, se encuentra reducido al estado de juguete de un destino histórico que él sabe absolutamente inexorable, objeto de una amenaza constante y próxima de destrucción o de esclavitud total. Vivimos en un mundo en el que no existe más que una comunidad humana sometida al peso de una inseguridad absoluta, inseguridad que ponen en litigio la vida física y moral de cada uno de sus miembros, el decoro y modo de ser de la vida que ellos han escogido, sus tradiciones, sus esperanzas, su dignidad, sus valores, sus dioses, su pan de cada día, el techo que les cobija y la tierra que les soporta. Vivimos en un mundo en el que la mitad de los hombres admite la exterminación de la otra mitad como la única probabilidad razonable de escapar ella misma a la exterminación.....mucho más, como el único medio de terminar con las preguntas que le hace esa otra mitad por la intolerable indiscreción que constituyen su propia existencia.

### El principio de la exterminación

La exterminación de la sociedad antagonista ha llegado a ser en nuestra época la solución única o, al menos, la solución más fácil y la más decisiva. Es hacia ella, hacia la que se encaminan rápidamente las naciones - en la guerra; la exterminación ha llegado a ser el medio de la guerra, - puesto que se trata, no de quitarle al enemigo una colonia o una provincia sino de reducirle a la impotencia definitiva, de destruir las fuen-

tes de su economía, de absorberle, de colonizarle, de aniquilar hasta las facultades que tiene su raza de reproducirse. Es con el exterminio de los judíos en Europa como el nacional-socialismo pensó fijar el destino de los judíos; es una lucha de exterminación la que se ha librado entre los adversarios de Markos y sus partidarios en Grecia. Es el principio de una justicia de exterminación que ha sido aceptada, con características que no fueron del gusto de todo el mundo, en los comienzos de la "depuración" en la Europa liberada del nacional-socialismo, y concretamente en Francia. Es la exterminación de los "marxistas" que los regimenes antimarxistas autoritarios han tratado de conseguir, y es la exterminación de los antimarxistas, de las clases en otro tiempo privilegiadas, de los herejes, de los moderadores, de los impacientes, de los rebeldes, de los saboteadores, de los creadores de dificultades por falta o por exceso de celo, que es para los comunistas la ley esencial de la revolución.

### La jerarquía del Terror

Entendámonos: la exterminación no es siempre, literalmente, prologada hasta el fin. Puede admitirse, en numerosos casos, que sea detenida cuando el resultado buscado, el aniquilamiento del obstáculo ha sido lo grado y cuando el adversario herido de muerte militar y política, a veces de muerte civil y casi de muerte mental, ha aceptado las cadenas o

está dispuesto a tender sus muñecas. Despojado de su libertad, es decir de su naturaleza, puede permitírsele vivir, porque constituye una reserva de esclavos, un material económico utilizable. Esa es la técnica de los campos de deportados alemanes y de los talleres de construcción con trabajadores forzosos soviéticos. Pero tanto unos como otros, en los que todo está organizado para que la muerte física sobrevenga - en plazos relativamente cortos, son casos límites. Otra categoría de esclavos se ha constituido en los países en los que la revolución o la invasión han instaurado el régimen del Terror con la masa de los elementos de la oposición, no dirigentes, o con la de los que son considerados como susceptibles de formar parte de ella, y a los que no se ha juzgado oportuno eliminar inmediatamente por la represión penal. Estos elementos disponen todavía, con carácter provisional, de libertad; pero privados de sus reservas por una reforma monetaria, expulsados de sus hogares y privados de toda posibilidad de trabajo remunerado, están condenados a la extinción por el hambre. Una tercera categoría de esclavos está constituida por la gran masa de los que, sin pertenecer a las clases condenadas, pueden ser considerados como neutros, como políticamente pasivos; disfrutan todavía de sus derechos civiles, de sus alojamientos, de sus familias, de sus cartillas de abastecimiento y de trabajo; son solamente esclavos políticamente impotentes por la adopción del sistema de "partido único", disfrazado o no con el nombre de-

"frente patriótico", por la lista única de candidatos, por el monopolio de la prensa y el de las reuniones políticas en provecho de la organización dueña del poder; son tolerados porque son indispensables para la vida económica o administrativa de la comunidad, pero solamente mientras no traten de sustraerse a la ley que se les ha impuesto de la docilidad y del silencio. Por encima de ellos se encuentra la categoría de "miembros del partido", los únicos que disponen de hecho de lo que nosotros llamamos derechos políticos. Pero éstos derechos políticos no pueden ejercerse libremente. Están sometidos estrechamente a la dirección y al control de la organización burocrática y policiaca del partido, a la disciplina de los dirigentes y a las sanciones que castigan la indisciplina. Además, en cada grado de ésta jerarquía, la subordinación es absoluta - respecto al escalón superior, hasta llegar al poder central, dueño absoluto de vidas y haciendas, que dispone de todas las armas del Terror. Así el Terror es, de arriba a abajo, la ley del sistema; cada miembro de la comunidad es tolerado en el puesto que ocupa en la medida exacta de su celo, de su obediencia y de su utilidad, y únicamente en ésta medida. La amenaza de expulsión del partido y de la pérdida de las inmunidades y privilegios que la adhesión al partido lleva consigo pesa sobre cualquier miembro de aquél. Sobre el hombre de la masa privado, de hecho, de sus derechos políticos, pesa la amenaza más inmediatamente terrible de-

la muerte civil, de la prisión o del campo de trabajos forzados. Sobre el muerto civil, pesa la amenaza de la muerte física en la prisión o en el campo de trabajo. Cada uno, cualquiera que sea su categoría, permanece en equilibrio inestable sobre un escalón, del cual puede ser precipitado al mas leve empujón sobre el escalón inferior, suponiendo que del primer golpe no descienda todos los grados. El Terror está, en la verdadera acepción de la palabra, suspendido. Cada uno de los miembros de la comunidad no es más que un muerto en ciernes, que sólo goza del derecho de vivir mientras se le permita. La exterminación de la oposición, real o virtual, no ha sido completa porque es imposible de realizarla totalmente, inoportuna y costosa. Ha sido únicamente emprendida y proseguida hasta el momento en que la oposición ha capitulado, como capitula una nación en guerra cuando sus pérdidas han alcanzado una proporción que hace la resistencia imposible, hasta el momento en que la oposición ha dejado de oponerse. Es por la amenaza de la exterminación, no por la exterminación efectiva, apoyada por "ejemplos" y disponiendo de los medios necesarios para hacerla efectiva como se da a reconocer el Terror. El Terror está organizado. Se ha convertido en el modo de gobernar ~~en~~ las actividades humanas. Las revoluciones del siglo XX no son otra cosa que la organización total y sin grietas del mundo del Terror. Nacen del terror -terror de la "reacción" o del fascismo, terror del comunismo-. Triunfan por el terror -brutalidad en la acción política, en la actuación de las milicias armadas,

elecciones dirigidas, conquista ascendente por una minoría agresiva e implacable de una "masa" a la que el miedo paraliza. Reinan por el Terror. Y también se ha visto y quizá se vea todavía - por el Terror, al coaligarse contra ellas todos aquellos a los que causan miedo, y que un día se sobreponen abrumados por el miedo y por la humillación de tener miedo.

### El contraterror "fascista"

En la época de las dictaduras fascistas, el problema del Terror era relativamente sencillo, se identificaba con el problema del comunismo, puesto que el "fascismo" -en sus formas italiana, alemana y española-, no ha sido, no es, mas que una forma de dictadura anticomunista, aplicando al comunismo y contra él los métodos de propaganda, de intimidación y de represión de los que el comunismo reivindicaba anteriormente el monopolio. Ciertamente, el comunismo ha sufrido desde hace quince años modificaciones en sus métodos de acción gracias a la aportación "fascista", se ha hecho en gran proporción "fascista"; pero ese fenómeno de reacción secundaria no debe hacernos olvidar que el "fascismo" -había tomado del comunismo, y mas concretamente del comunismo ruso de Lenin, para disputarle la adhesión popular y para combatirlo, gran parte de sus consignas y de sus medios de ejecución; especialmente, el Terror. La extrema pobreza o la extrema vulgaridad del contenido ideoló-

gico positivo del fascismo resultaba de que el fascismo -a pesar de sus pretensiones de crear un nuevo sistema de relaciones sociales, un nuevo estilo de vida y una nueva civilización; a pesar de una charlatanería - "revolucionaria" creada por las necesidades del móvil-, era esencialmente negativo; de que el fascismo no era, en fin de cuentas, más que un -contra-terror destinado a proteger a la sociedad existente contra el comunismo por medios iguales en eficacia, en vigor y en crueldad a los medios comunistas, destinado a liberar a los adversarios del comunismo de la parálisis a la que el comunismo les había conducido por fascinación, y a librarles del complejo de inferioridad que sentían ante aquél.

### El terror comunista y sus diversas formas

Hoy día el "fascismo" está fuera de lugar, al menos provisionalmente, en espera de que la amenaza comunista le haga resurgir bajo un ropaje ideológico diferente. Pero es siempre en relación con el "terror comunista" y en función de él, que todas las naciones "civilizadas" están obligadas a situarse. Marchando de Oeste a Este vemos, en primer lugar, a las grandes naciones anglo-sajonas, Estados Unidos y la Gran Bretaña, - en las que la amenaza comunista interior no existe, por así decirlo, - mas que bajo la forma de los servicios secretos soviéticos, y donde el miedo al comunismo se confunde prácticamente con el miedo de una expansión del sistema imperial comunista en el mundo por medio de la guerra,

es decir, con el miedo a una guerra terriblemente devastadora, llevada a cabo con medios ingeniosos e implacables, y dudosa en sus resultados. A continuación, están los países de la Europa occidental, mas directamente expuestos al peligro de invasión y, al propio tiempo, atacados en el interior por poderosas minorías comunistas organizadas que dirigen un sector importante del cuerpo electoral. En estos países la singularidad de la situación la constituye el que su régimen político, y los principios en los que se inspira, les obliga a usar toda clase de miramientos legales al tratar con sus adversarios, los cuales están libres de toda preocupación de legalidad, de manera que los gobiernos deben dejar actuar, escribir, votar y vivir con todos los privilegios de la libertad "democrática" a grupos políticos cuyo propósito declarado, y su razón de ser, son precisamente la de privar de todos sus derechos, - incluso el de vivir, ~~según~~ a sus adversarios. Claro es que esta situación en la cual un partido puede, a plena luz y con plena legalidad, hacer su propaganda y sus preparativos para el exterminio terrorista de todos los que no aceptan la transformación de la sociedad que pretender establecer, es en sí misma paradójica y precaria; pues los gobiernos liberales se verán avocados, un día u otro, a tender sus muñecas o a presentar sus nuca a los ejecutores comunistas, o a defenderse del Terror con los medios del contra-Terror; es decir, de cesar de ser liberales o de cesar de ser. La ventaja formidable del comunismo es que negándose a

tener que regirse por las normas de un liberalismo del cual reclama para sí las ventajas, pone a éste liberalismo en el trance de suicidarse ideológicamente para conservar su supervivencia política, o de suicidarse de una manera real en testimonio de fidelidad a sus principios de una manera total y reconocida.

Finalmente, más lejos todavía, el sistema político que iguala los países vasallos del Este europeo y la Unión soviética, propiamente dicha, nos ofrece la imagen de la revolución terrorista triunfante sobre el silencio consternado, la impotencia absoluta o la desaparición física de los aterrorizados. Apenas es necesario señalar el punto de eficacia alcanzado por este Terror, no sólo por la potencia de la organización represiva política, sino por la amenaza de la autoridad central sobre la totalidad de los bienes físicos; este Terror en virtud del cual cada ciudadano -que puede de un día para otro verse desposeído, a la más ligera sospecha de culpabilidad, hasta de los medios materiales para vivir-, es diferente del que atemorizaba a los franceses durante las jornadas de Junio, de la Comuna o de los atentados anarquistas. Cesa, en efecto, de ser la protesta violenta y valerosa de una minoría oprimida frente a una sociedad poderosa y tiránica, para convertirse en la forma y estilo de la propia sociedad; pasa del campo de la revuelta al campo de la represión; se hace permanente, administrativo, burocrático; cambia los procedimientos de la bomba o de la barricada por los de la delación, el espí;

naje, la ficha, la tortura, la deportación y la bala en la nuca; se convierte en un servicio del Estado, aún más, en el servicio fundamental - del Estado. Reina no solamente sobre la masa, sino sobre la propia minoría directora, cuyo entusiasmo revolucionario no ofrece al poder una garantía suficiente si no es acompañado de la inseguridad permanente que se cieme sobre los más entusiastas, si no es mantenido constantemente por las sanciones que se aplican cada vez que ésta temperatura parece disminuir.

Al mismo tiempo que la revolución triunfante universaliza y sistematiza la violencia, el Terror le quita su justificación, que es la de ser la última razón de las minorías violentadas; con el deseo de liberación de los débiles disculpa el despotismo, el rencor y el sadismo; hace algo peor que transformar cada policía en terrorista, transforma cada terrorista en policía.

### ¿Por qué el Terror?

Queda por saber por qué es así. Pues si la sociedad comunista moderna nos proporciona la imagen del Terror perfecto, del Terror que ha llegado a ser al mismo tiempo motor y freno de la vida en sociedad, es evidente que no se aclara nada diciendo que los comunistas son verdaderamente perversos y que en el comunismo hay un no se sabe qué de demoníaco. En tanto que tales explicaciones no tiendan más que a señalar a los

COMUNISTAS como adversarios a los que hay que aterrorizar, es decir, a dar la réplica al Terror con el contra-Terror, esos razonamientos no son ni política ni dialécticamente una solución. Si estamos en el universo del Terror, en el que el universo centralizado de Rousset no es más que una de las formas, debe haber para ello buenas razones.

Si dirigimos una mirada hacia atrás, sobre la Historia, nos apercebimos inmediatamente de que la invasión del Terror ha tenido lugar por una serie de acciones y de reacciones estrechamente ligadas unas con otras. El Terror comunista actual se justifica principalmente por la necesidad de destruir a los "fascistas"; es decir, hablando en términos generales, de todos los grupos políticos y de todos los medios sociales contrarrevolucionarios, o susceptibles de crear una actividad contrarrevolucionaria. El Terror "fascista" o nacional-socialista se consideraba hace algunos años como el único medio de desarmar a los enemigos de las revoluciones autoritarias, principalmente los marxistas: - "Tot den Marxismus" (1). Pero la violencia misma de ese programa de Terror, en el que la ejecución va acompañada de los desenfrenos sádicos de los campos de concentración, no había podido ejercer su seducción más que en razón de la gravedad del peligro, también terrorista, que él pretendía combatir. Detrás del Terror fascista o nacional-socialista -

(1). Muerte al marxismo

y sirviéndole de disculpa, estaba allí el Terror ruso, el Terror soviético, "el hombre del cuchillo entre los dientes". El fenómeno del Terror anticomunista, tal como se ha producido en Europa entre los años 1922 y 1939 no hubiese sido posible, al menos bajo el aspecto en que lo hemos conocido, si no existiese detrás de él la larga serie de matanzas de la Revolución rusa, la extirpación de las viejas clases dirigentes, de los burgueses, de los mencheviques, de los troskistas, de las "purgas", de decenas de millares de hombres fusilados, obligados a la fuga o al exilio, condenados a la deportación, a los trabajos forzados y a la muerte por hambre.

Pero el Terror ruso, ¿cómo se justifica a sí mismo?. No solamente por los métodos de represión de la policía zarista, bastante menos brutales que los de la policía de Lenin o Stalin aplicados a los revolucionarios, sino por la idea, generalmente admitida en los medios marxistas, que la revolución tenía que matar, para no ser muerta, a su enemigo implacable; la contrarrevolución. El recuerdo de la represión ejercida contra la Comuna, contra los insurgentes de junio de 1848, el recuerdo de Galliflet y de Cavaignac, ha jugado aquí su papel. El recuerdo del Terror burgués. Ahora bien, si los burgueses del siglo XIX utilizaron contra el "pueblo" los métodos terroristas fué debido, en parte, a que la burguesía se veía amenazada por el "pueblo" en su situa-

ción económica y en su propiedad; pues el burgués no se molesta hasta que su propiedad está amenazada. Pero el burgués es un hombre bastante pacífico, en el que la agresividad natural de los instintos está un tanto debilitada, y los riesgos económicos que la insurrección le hizo correr no habrían sido suficientes, sin duda, para empujarle a un delirio de matanza si no hubiese existido para conmoverle, una vez más, un recuerdo histórico: el del Terror de 1793, el de Robespierre, Saint-Just, Marat y Carrier, el de ese Terror que ha dado su nombre a todos los Terrores y que fué, en la historia moderna, el primer ejemplo de un método gubernamental de exterminio aplicado a una clase despojada, a una minoría vencida. El primer ejemplo, pues las guerras de religión que fueron atroces, eran guerras; los excesos que se cometieron -violaciones, incendios y matanzas- eran propios de la violencia guerrera, alimentada por el fanatismo y por la brutalidad de los soldados aventureros...no del Terror metódico. Es el Terror de 1793 el que constituye la primera etapa de la entrada de la Humanidad moderna en el mundo del Terror; los horrores que le precedieron -Dragonadas, Jacquerie, San Bartolomé, violencias de Cabo-chiens- tenían otro espíritu. Además, los orígenes del Terror de 1793, al final de un siglo bastante más tranquilo, bastante favorable, más humano que los precedentes, y más clemente con las clases sociales menospreciadas, son bastante difíciles de comprender. Estamos siempre ante el enigma.

Ciertamente se ha invocado, se invoca la amenaza exterior e interior. La Revolución estaba en peligro. Había que defenderla por todo los medios. Pero, ¿por qué, entonces, el régimen tradicional, el de la monarquía y el de la aristocracia terrateniente no ha de pensar en defenderse por todos los medios?. ¿Es que la Revolución tenía más fé en su derecho que la contrarrevolución y se creía así más autorizada a tomar medidas extremas?. ¿Es que, por el contrario, sufría un complejo de inferioridad, que sentía la necesidad de crear para su provecho lo irreparable, de cortar los puentes, de afirmar su potencia de ruptura?. Puede ser que una hipótesis no excluya la otra. Una y otra pueden aplicarse lo mismo al Terror ruso que al Terror francés de 1793. En todo caso, una y otra nos hacen salirnos del dominio de la explicación histórica pura, la cual no explica nada, -ni el determinismo histórico, ni las reflexiones de la estrategia y de la táctica revolucionarias, ni dan cuenta satisfactoria del Terror- para adentrar nos en el psicoanálisis colectivo que es el único que aclara algo las cosas.

### La explosión del Terror

La primera tempestad del Terror moderno estalló en el cielo más tranquilo que Europa había conocido desde la caída del Imperio romano. La primera y segunda Guerra de los Cien Años, la de las dos Rosas, la lucha de los Papas y los Césares germánicos, las Cruzadas, las invasiones mongolas

las guerras de Unidad francesas, las de Italia, las de religión y la guerra de los Treinta Años, habían desencadenado en cada siglo, hasta cerca del año 1650, potentes fuerzas destructoras en el mundo europeo, que llevaron consigo epidemias y las grandes hambres, asolando provincias, despoblado las naciones, quemando los hogares y saqueando las ciudades. Es al final del primer periodo prolongado de orden nacional e internacional relativos, cuando surgen en nuestro cielo, con la pujanza fascinante de los mitos, las cabezas cortadas en el extremo de las plicas, el tribunal revolucionario y la guillotina. Claro es que la existencia combinada de un gran peligro exterior con la lucha interna de las facciones rivales puede explicar, en parte, este fenómeno; pero también es cierto que no es suficiente para dilucidarlo, pues situaciones análogas se habían producido muy a menudo en los siglos precedentes.

¿No estará el origen del Terror precisamente en esa quietud relativa, en esa prosperidad burguesa de la época que le precedió? ¿No habrá tenido lugar una acumulación por reflujo en el inconsciente colectivo de las fuerzas destructoras, en el curso de un periodo tranquilo? Las conductas sociales, al igual que los actos individuales, tienen sus verdaderos orígenes en distinto sitio de donde los sitúa el escrúpulo propio para justificarlos. Los terroristas pueden legitimar el terror por el terror del que ellos acusan a sus enemigos premeditar con ellos

por los crímenes de conspiración y traición de los que sus adversarios a sospechosos, por la necesidad de salvar a toda costa la Revolución, conquista sublime, bien irremplazable, de la conjuración que amenaza sofocarla. Pero ni que decir tiene que se engañan. Se trata aquí, no de pretextos políticos, de disquisiciones maquiavélicas, de imposturas, sino, más bien, de una mezcla sutil de impostura y de verdad; de esa transfiguración de lo racional y lo legítimo merced a la cual lo inconfesable se transforma en confesable; de un fenómeno análogo -guardando las debidas proporciones- a aquél por el cual un padre disfraza bajo una austera moral educadora el placer obscuro que le proporcionan los castigos corporales inflingidos a su hijo. Aunque se llegase a la conclusión de que el Terror fué políticamente necesario, es decir, estuvo aparentemente justificado por la necesidad, ésta justificación, todo lo inmutable que ella pueda ser, no constituiría una explicación.

Nosotros estamos tentados de buscar el origen psicológico del Terror en las regiones tenebrosas del hombre colectivo en las que encontramos también el origen de las guerras; pues las causas políticas, las causas económicas no suscitan sino polarizan las fuerzas agónicas latentes. Atribuir las guerras exclusivamente a la economía es lo mismo que considerar que el rayo se produce, no por la electricidad, sino por la proximidad de un campanario a una nube cargada de electricidad. ¿Cuál es la naturaleza de la electric

dad que se descarga en las guerras y en el Terror?. Medidas terroristas, como una declaración de guerra, ofrecen al inconsciente asesino de la multitud una oportunidad de liberación análoga a la que <sup>le</sup> suministran la representación de un drama sangriento o el espectáculo de una ejecución capital; con las guerras y el Terror la satisfacción dada a la muchedumbre es mas substancial porque es real y no simbólica. Así, el Terror hubiera estallado en la Revolución de 1789, no "aunque", sino "porque" la época anterior había sido pacífica. La multitud comenzaba a aburrirse.

### Los motivos de matar

No hay terror sin una preparación escénica de tragedia, sin el romanticismo de la muerte. Los combatientes nacionalistas de la guerra de España se titulaban "los novios de la muerte", sus adversarios anarquistas gritaban: "¡Viva la muerte!". La Bandera francesa llevaba las palabras "Libertad, igualdad, fraternidad o muerte". Es sabido que, cuando fué discutido en la Convención el artículo de la Constitución que prohibía al Gobierno de la República concertar la paz con un enemigo que ocupase una parte del territorio nacional, un diputado que había hecho la pregunta: ¿hacéis ~~hecho~~ un pacto con la victoria?, oyó que le respondían: "Nosotros lo tenemos hecho con la muerte". Admirable respuesta, sublimes respuesta de tragedia cuya propia retórica se nutre de una verdad más profunda. No hay Terror sin esa fascinación trágica de la muerte.

La irrupción potente y destructora de la pasión de la muerte a través de las barreras que le opone la vida social ordinaria es, pues, uno de los elementos psicológicos colectivos que constituyen el Terror. Otro, no menos importante, es la mala consciencia intelectual interna de todo fanatismo. El Terror es la destrucción del contradictor. Matarlo a mi adversario hago cesar el diálogo y hago desaparecer las posibilidades de sentir vacilaciones por una confrontación con la opinión adversa. Yo mato la opinión adversa en tanto que ella amenace a mi propia opinión. La mato porque es para mí el único medio de reducirla. "Ultima ratio". Todo hombre siente, en el curso de una discusión, aumentar el deseo de golpear físicamente a su adversario en el momento en que comprende la imposibilidad de convencerle. Es preciso reducir al otro al silencio. Es la forma extrema de la lucha de voluntades.

Si se unen a estos dos elementos el miedo, que es el origen de toda cólera, y que tiende a la eliminación del que constituye una amenaza física, y la humillación de haber tenido miedo, y la humillación simple, y la voluntad de revancha, largo tiempo reprimida, y tanto más sanguinaria cuanto que va acompañada de humillación.... es agradable ver marchar hacia el patíbulo, o caer en el último extremo de degradación humana, en un campo de concentración, a los que han sido más poderosos que vosotros, más ricos que vosotros, que os ha dirigido, desde lo alto de su opulencia, al pasar una mirada de desden inexpiable, que os

ha hecho apalear por sus criados, que os ha salpicado de lodo con su bello carruaje- tendremos ante nosotros casi todos los elementos necesarios para un estudio del estado de ánimo. Se podría agregar todavía el placer del ejercicio de la fuerza, del que no se disfruta plenamente hasta que se abusa de él, placer que en una sociedad organizada, aun si ésta sociedad admite la arbitrariedad de los poderosos y la desigualdad de derechos, no puede ser gustado como los placeres amorosos que están sometidos a ciertos controles y a ciertas limitaciones. En la crisis revolucionaria, esos controles, esas limitaciones se desvanecen. El débil, el vencido, se encuentra a disposición del fuerte, en una situación que permite al fuerte negarle su igualdad de ser humano, de tratarle como una cosa que está a su disposición, que le pertenece, y de hacer, de ese derecho de propiedad que él se arroga, la prueba suprema que no podría ser mas que la destrucción, la consumación de la cosa poseída. El caníbal vencedor se come al enemigo vencido porque tratándole como "cosa de comer", afirmando su posibilidad de fusionarse con ésta cosa, es como se apropia de ella por completo y patentiza su victoria. Vencer es "dominar", es "reducir a la impotencia", es "destruir", es "aplastar". El vocabulario de la victoria -militar o revolucionaria- significa que se desafía a un adversario para acrecentar su propia naturaleza por la des-

trucción de la naturaleza adversa, reducida al rango de objeto inerte, inmóvil, pasivo, disponible y que puede convertir en casos extremos en polvo y en nada. El argot mismo nos lo confirma. El argot para decir "vencer" emplea el mismo término posesivo que sirve también para significar la conquista de una mujer -también es una "victoria"-; utiliza la palabra tener. "Yo la tendré". "Yo la he poseído". De la misma manera, el lenguaje revolucionario designa en particular a los adversarios a derribar con vocablos que los deshumanizan de antemano reduciéndolos al rango de cosas. Son "obstáculos" a superar, son "animales" nocivos, "bestias dañinas", "víboras líblicas", seres degradados para los cuales ningún desprecio es excesivo, son impurezas a eliminar. Así se justifica, por adelantado, el empleo contra ellos de los métodos <sup>de destrucción</sup> pura y simple. Los vencedores de la lucha revolucionaria por el poder social tienen a su disposición una materia, sobre la cual su joven autoridad puede ejercerse sin límites, un ganado humano útil para el yugo o el matadero. Con anterioridad al día de la victoria, y en previsión de esta victoria, ellos rehusan entablar diálogo con el adversario y penetrar en su consciencia; ellos tienen sobre la historia una perspectiva polémica, no una perspectiva dramática. A la hora en que ellos sean los amos lo serán en toda la acepción de la palabra; entrarán en posesión de los vencidos, incorporándoseles en una forma más sutil que la conocida del caníbal, pero de la misma esencia. Esas voluptuosidades de la

autoridad sin límites, del ejercicio de la fuerza gustada en sus abusos extremos sobre seres impotentes y desarmados, que la vida normal no ofrece más que bajo formas mediocres y casi caricaturescas -el despotismo doméstico, la pequeña satisfacción del funcionario que hace esperar en la taquilla al simple ciudadano, la tiranía que el suboficial ejerce complacido sobre el joven recluta y las novatadas de colegio-, el estado de excepción revolucionario permite a los triunfadores disfrutarlas en su intensidad máxima; y este llamamiento al sadismo del poderío es uno de los elementos de su seducción. Recordemos que el Terror se aplica con mayor placer sobre las minorías hasta entonces privilegiadas, los aristócratas, los judíos.....porque han sido privilegiadas, creadoras, pues, de humillación; y porque son minorías, luego más débiles. La revolución es el sobresalto victorioso del resentimiento y del ultraje contra la debilidad privilegiada de las minorías dominadoras -contra los privilegios a los cuales no pueden imponerse-; lo mismo que ~~la~~ violación es el sobresalto contra la debilidad privilegiada de la mujer, ~~ido~~ lo respetado en el cual se ataca y se insulta al poder. El hombre de la masa piensa, ante el representante en funciones de la oligarquía social lo mismo que el hombre tímido ante el desdén de una mujer soberbiamente ataviada: "Y, sin embargo, yo soy el más fuerte. Si yo quisiera". La revolución es la violación de las minorías dominantes; ellas las reduce al rango de las cosas poseídas sobre las cuales se sacia. En el estado-

de espíritu que inspira el Terror, o que acepta complacientemente el Terror, la fascinación del asesinato colectivo se asocia al sentimiento o, mejor, aun, al resentimiento de inferioridad.

### El Terror es útil

Todas las manifestaciones del Terror, tanto en la crisis prerrevolucionaria como en la revolución propiamente dicha y en el periodo que sigue a la revolución, admiten justificaciones prácticas: es materialmente útil intimidar a los adversarios mostrándose brutal, resuelto y sin escrúpulos; es materialmente útil eliminar a esos mismos adversarios, tan pronto como se dispone de medios para ello, por los métodos más radicales; pues sólo cuando están muertos es cuando son menos molestos, menos indóciles y mas resignados; es útil reprimir vigorosamente los impulsos anárquicos, -siempre dispuestos a abrirse paso cuando se derrumban las estructuras sociales antiguas y respetadas-, por una poderosa organización policiaca; es útil, en medio de las privaciones más duras que acompañan y siguen inevitablemente a la instalación de un partido revolucionario - en el poder, tapar la boca a los descontentos y excitar el ardor productivo de los trabajadores por la represión implacable de la menor rebelión o del más pequeño desfallecimiento; es útil para el gobierno revolucionario, convertido en dueño de los instrumentos de producción, disponer de mano de obra gratuita por medio de la cual pueda disminuir los pre-

cios de costo; es útil para el nuevo régimen desacreditar a sus adversarios, antes de hacerles desaparecer, obligándoles a confesar lastimosamente crímenes vergonzosos y a cantar himnos de alabanza a sus jueces. Es por tanto -está comprobado- un error no considerar los mecanismos del Terror más que desde el punto de vista del realismo utilitario. Desde este punto de vista no es seguro que los métodos del Terror sean invariablemente los más eficaces.

Indudablemente, en la medida en que el colectivismo marxista es revolucionario, sus jefes responsables pueden de una manera razonable estimar que no hay ningún grave inconveniente en descartar de él, por la "faccia feroce", a los tímidos, a los escrupulosos, a los débiles y a los tranquilos, y que tiene, por el contrario, grandes ventajas asociar las potentes fuerzas destructoras que la vida policiaca deja en estado de frustración, los apetitos de crueldad, de violencia y de aventura. Los actos de la revolución son actos de guerra; piden, en consecuencia, la movilización de las virtudes y de los vicios que son útiles a la guerra y que son utilizados por ella; no sólo la disciplina, sino también el misterioso apetito de destrucción que dormita en el corazón del civilizado más pacífico; no sólo el valor sino también la crueldad, no sólo la devoción fanática a la victoria colectiva, sino también el odio; no sólo la alegría de servir, sino también a Schadenfreude (1); no solamente la espe-

(1). Alegría del mal ajeno

ranza de un mundo nuevo sino el escalofrío de los desastres. Después de todo, ésto es lógico cuando se busca personas decididas e implacables, capaces de exterminar de una forma sumaria con ametralladora a todos los "burgueses" de una población, y la confesión de lo que ha hecho y de lo que no ha hecho a un prisionero recalcitrante. Se les cuchichea a aquellos de los que se tiene necesidad: "Venir con nosotros. Tendreis ocasión de matar. Tendreis ocasión de torturar. Abrireis de par en par la puerta de vuestros resentimientos. Gustareis de esa extraña embriaguez que se siente al pasearse altaneramente, revólver en la funda, palo empuñado, por los accesos de un campo de deportes entre dos filas de enemigos humillados, maniatados, envilecidos, vacilantes y sometidos a vuestra custodia durante cinco o seis horas". La Revolución coloca sobre los muros, al lado de sus innumerables anuncios visibles: "Paz, libertad, amaneceres que cantan...." otros anuncios invisibles que saben leer aquellos a quienes se dirigen; y esos anuncios invisibles <sup>muestran</sup> un "comando" de insurrectos avanzando, granada en mano, en medio de edificios envueltos en llamas, un puño fuerte de trabajador aplastando la cara fofa y pálida de un presidente de consejo de administración, un escritor "burgués" de rodillas obligado a patadas a reconocer al marxismo, un cadaver acribillado al pie de un poste, una de esas bellas damas con su vestido de Christian Dior, que se hacían las altaneras con sus cria-

dos violada por una decena de justicieros brutales. Las gentes que se precisan para llevar acabo las tareas de la Revolución no son ni los primeros cristianos, que se ofrecían como víctimas para el suplicio - con una dulzura inmutable, ni los discípulos de Gandhi, ni las damas "salutistes"(1). Son necesarias personas duras e inflexibles, tan preparadas a la muerte de los demás como a la suya propia. El aspecto del Terror descarta de la Revolución miles de escrupulosos, pacíficos y tímidos por cada cien hombres a quienes aquél agrada, dispuestos a <sup>con</sup> enfrentarse sin debilidad y con una secreta satisfacción los peligros y los horrores que ella trae consigo. Pero puede afirmarse que la Revolución gana con estos cien hombres más de lo que pierde con mil de los otros, lo mismo que gana más con cien hombres inteligentes que con mil imbéciles; pues los escrupulosos y los tímidos no serán jamás una gran ayuda para la Revolución ni un gran obstáculo frente a ella; los más cobardes la ridiculizarán, los más valientes estarán siempre dispuestos a ofrecer su cuello al cuchillo.

Así el partido de la Revolución adquiere un aspecto terrorista, no solamente porque toma a su cargo el resentimiento de una clase humillada y promete a ese resentimiento la satisfacción de la venganza; no solamente porque tiende por doctrina a la ~~eliminación~~ eliminación total de la-

(1). Miembros de la Agrupación "Armée du Salut"

sociedad y a la eliminación radical de los adversarios; no solamente porque no puede dejar de aprovechar en su propio servicio la fuerza abrasadora del fanatismo, y no hay fanatismo sin hogueras: sino porque tiene integros en movilizar en su provecho lo que las almas religiosas llaman el poder las Tinieblas. El partido de la Revolución es terrorista porque habiendo superado a los adversarios, por definición más fuertes que él - puesto que tienen el poder, el ministerio del interior, la policía, la justicia y el dinero-, es preciso que emplee contra ellos las armas que éstos adversarios no emplearon contra él, o las usaron mediocrementemente, o solamente a medias. Es preciso que sea el más astuto, el que miente mejor el menos escrupuloso en la elección de los medios, el más metódico, el más obstinado, el más encarnizado, el más asceta y el más inexorable. Es preciso que sea el que tiene el prestigio del heroísmo y de la muerte, del hierro y del fuego, de lo implacable y de lo inexpiable. Es preciso que el gesto duro y resuelto de sus tropas lanzándose al asalto sea iluminado por el halo histórico de las "noyades" (1) de Nantes, de Santa Guillotina y del incendio de las Tullerías. Es preciso que su bandera sea roja, es preciso que haga resonar en los oídos de los burgueses espantados y en los de los jóvenes en busca del gran escalofrío de la aventura estas palabras de poder electrificante: "Ley marcial. Comité de Salud Pública. Muerte a los traidores. Exterminación de los enemigos de clase." Los na-

(1). Ejecuciones por sumersión durante la Revolución francesa

cional-socialistas alomnes lo habían comprendido así, no solamente plagiando de los comunistas los métodos conjugados de la demagogia de masas y de las minorías activas, de la propaganda y de la intimidación, - sino también sacando todas las lecciones posibles de ese axioma fundamental de cualquier acción revolucionaria: no se consigue el poder más que por la fascinación.

### La justicia no es poética

La justicia puede entusiasmar, la libertad puede suscitar héroes y la paz puede ser deseada, pero ninguno de estos lemas es capaz de producir fascinación. La fascinación no se produce más que por la llamada y la aproximación de la gran tragedia colectiva, se ejerce un provecho no de los portadores de sabias reformas, de los mensajeros del bien público, - sino de los caballeros del Apocalipsis, de los ángeles rebeldes o de los ángeles exterminadores, de los mandatarios del destino.

El efecto de la fascinación es doble: ejerce sobre aquellós que estarán en condiciones perfectas de poder hablar de los adversarios, una acción paralizadora; y sobre los que son susceptibles de ser captados y arrastrados, una acción atractiva. Algo, en el fondo del corazón de los hombres, despierta y hace latir más fuerte ese corazón en el momento de levantarse el telón de la tragedia política. ¿Por qué un motín, una batalla, un asesinato o, incluso, un temblor de tierra con muchas víctimas -

tienen sobre nosotros un misterioso poder excitador, aunque no hagamos mas que leer el relato en los periódicos?. ¿Por qué nos produce satisfacción poder anunciar el acontecimiento -conocida es la exaltación del portador de noticias-, a nuestros vecinos?. Puede ser que se trate de reflejos condicionales análogos a los de los perros de Pavlov que escupan al sonido de la trompeta, de reflejos condicionales producto de lejanas herencias y que despiertan en nosotros, -el animal lo hace por miedo-, el combate y la destrucción. La Revolución es, desde luego, llamada al asesinato y no está comprobado que el sobresalto revolucionario pueda ser determinado sin esa llamada. El carácter explosivo de las sacudidas revolucionarias no se explica mas que por la ocasión que dan al sadismo colectivo de ponerse de manifiesto. No quiero caer en el ridículo de afirmar que en las anteriorizaciones del Terror revolucionario hay un elemento sexual. Las raíces profundas del sadismo están más allá de la sexualidad. Ciertas situaciones sexuales le facilitan solamente las ocasiones de saciarse, al igual que determinadas situaciones políticas.

Algo en el hombre.....

Algo en el hombre gusta del Terror, la tortura y la muerte, y, sin duda, algo en el hombre tiene miedo del Terror, la tortura y la muerte. Algo en el hombre ama a la guerra y algo tiene miedo de ella; algo en -

el hombre tiene miedo de los incendios, de los terremotos y de los ciclones, y algo los ama. Pero esta dualidad, este antagonismo <sup>son</sup> los que permiten al partido revolucionario ganar en los dos paños. Intimida y seduce, desalienta las resistencias y recoge las adhesiones por el mismo medio. En toda sociedad humana, dedicada a las tareas sin gloria del trabajo cotidiano, del resultado material, del comercio, de la política, aplicado, en resumidas cuentas, a vivir, hay una subconsciencia que niega ésta tranquilidad, y a la cual se entrega el hombre de la otra orilla, el que juega con la muerte; es el prestigio del soldado comparado con el del civil, el del fuera de la ley, el del "ganster" al menos en el cine-, junto al del tendero y el contable; es el prestigio del "duro", del "matador" ~~del~~ lado del de los ladrones y rufianes de mediana envergadura; es el prestigio del partido comunista en el mundo burgués. Prestigio tanto más fácil de conquistar cuanto que el mundo burgués es el más pobre en alimentos para la imaginación humana. Los productos sociales del mundo burgués carecen de ese romanticismo poético que se atribuye con tanta frecuencia a los héroes de las aristocracias guerreras. Observemos el juego de los niños; juegan al conquistador, al soldado, al aviador, al bandido, al pirata, al explorador. No juegan al Presidente de la República, ni al banquero, ni al importador, ni al accionista, ni al jefe de negociado.

Una de las raíces profundas del malestar burgués reside en el hecho de que la sociedad burguesa no ha podido jamás proponer a sus miembros - un tipo de realización humana, en el que la parte sea acción del destino-poético y trágico del hombre. La Revolución, a despecho de su materialismo doctrinal, no ha tenido inconveniente en tomar ventaja, en este aspecto, sobre el mundo burgués prometiéndole, más o menos explícitamente, satisfacción a esa parte del hombre que el ideal burgués -el de calzado de triple suela, de bridge, de casas de campo, de buenos almuerzos, de neveras eléctricas, de automóviles y de adúlteras mundanas-, dejaba insatisfecho. Y la propia sociedad burguesa ha reconocido su impotencia poética buscando sus héroes entre aquellos que se revelan contra su orden y quieren destruirlo. De sobra es sabido, que el contrabandista es más popular en la sociedad burguesa que el aduanero, el asesino que el policía, el joven comunista que el miembro del partido radical, las botas altas que las zapatillas, la sala de armas -a pesar de su arcaísmo- que la oficina, y la ametralladora que la caja registradora.

Seamos justos. Enloquecida por el peligro revolucionario, oscuramente consciente de la ventaja que la Revolución alcanza hándiendole sobre ella las armas del Terror, invocando contra ella la aventura, la catástrofe y la matanza, -es decir, la poesía-, la burguesía ha intentado, entre las dos guerras, crear para su uso o, sea, no solamente para su defensa sino

para su satisfacción, una mitología revolucionaria. Esta mitología fue el fascismo en sus diferentes formas. ¿No es significativo que los elementos de la mitología fascista hayan sido buscados por la burguesía - fuera de la burguesía, en la mitología de los fuera de la ley -el mal-dito, el pistolero, el nihilista-, en la mitología militar -el uniforme, el paso acompasado, los mandos militares, los correaes, las músicas-; en fin, y sobre todo, en la mitología del revolucionario -el motín, la acción directa, el partido único, la represión, la lucha de exterminación contra el adversario, la mano de hierro sin guante de terciopelo, las impresiones contra el poder del dinero, el socialismo y el pacto con la muerte-?. Que hombres valientes y desinteresados hayan encontrado su destino en el fascismo, que se le deba al fascismo cierta aportación útil a la filosofía de este tiempo, no impide que haya sido en su esencia un remedo burgués de los mitos antiburgueses y una imitación burguesa de la Revolución y del Terror; pero ha bastado para ser eficaz y conquistar la libre adhesión-los plebiscitos alemanes son de una realidad indiscutible puesto que no es posible falsificar un plebiscito en forma masiva cuando no se está en el poder-, la libre adhesión, repite, de pueblos enteros. El fascismo ha demostrado que la mitología de la Revolución era más importante y más decisiva que su contenido propiamente racional.

## La Revolución al servicio del Terror

Así es como el Terror aparece ligado al fenómeno revolucionario de una manera, no solamente ocasional, instrumental, sino radical e íntima, porque él es el propio corazón del mito revolucionario. Es, sin duda, un arma política positiva empleada para eliminar, para intimidar al adversario, para mantener una disciplina exacta, para luchar contra la herejía y para desarrollar las energías hasta su grado máximo. Pero es más todavía, es el clima en el que la Revolución debe madurar sus frutos, la música que le acompaña en su camino, el ceremonial de los sacrificios de que ella se sirve, no como se sirve a una causa, sino como se sirve una mesa; la llamada que lanza a las potencias disponibles del subconsciente colectivo. Y esto no es ir demasiado lejos. El Terror es la propia Revolución, hasta el punto que podría decirse que no es que esté al servicio de la Revolución, sino que ésta lo está al suyo.

Los revolucionarios saben bien, sin confesárselo, que la Revolución termina cuando el Terror concluye. Por eso es por lo que todos los revolucionarios se aferran al Terror, por lo que el Terror sobrevive a la conquista del poder, a la consolidación del poder, al aniquilamiento de la oposición; es por lo que encuentra adversarios entre la misma clase de los revolucionarios cuando ya la Revolución no tiene más enemigos, es por lo que golpea alternativamente a los "desviacionistas" de derecha y

a los de izquierda, a los "radicales" y a los "oportunistas", a los que pecan por excesiva negligencia y a los que pecan por excesivo celo, a los que pecan por excesiva independencia y a los que pecan por falta de iniciativa, a los que son torpes y a aquellos a quienes no se tiene nada que reprochar y que por ello podrían concebir ambiciones peligrosas, y a los propios agentes del Terror -policías y ejecutores, sea porque aplican mal el Terror o porque lo aplican demasiado bien. - Grandes peligros exteriores, conspiraciones interiores, un relajamiento sensible de la disciplina colectiva, un plan de armamento que deber ser llevado a la práctica a toda costa en un plazo fijado, una amenaza de cisma, las buenas razones, o las malas que valen tanto como las buenas, no faltarán jamás. ¿Que sería, pregunto, una Revolución que no mata? Una guerra en la que se tiraría al blanco, una caza con fusiles de madera o una corrida sin toros de muerte.

### Dos promesas

El partido de la Revolución hace a los hombres dos promesas distintas. La primera es a largo plazo. No será alcanzada más que al precio de duros esfuerzos y de una lenta "edificación socialista", de la transformación de los hábitos y aun de los propios espíritus. Es posible que generaciones enteras se consuman en realizarla. Es la promesa de la justicia y de la abundancia universales, de la libertad, de la -

armonía, de la ciencia todopoderosa al servicio de todos los hombres, de la naturaleza domada, de la felicidad y de la suprema realización terrestre. Es el Canaan que los hombres actuales no verán ni aún de lejos, ni sus hijos, ni es posible que sus nietos. Pero para los hombres que hoy viven, pero para esos hombres, a quienes la brevedad misma de su existencia quita toda esperanza de conocer la sociedad comunista de los próximos siglos, hay una compensación hic et nunc (inmediata), hay una promesa promesa próxima y esta promesa es la de la Revolución misma, es la de la tormenta purificadora, es la de la reja del arado que va a desgarrar la tierra para que germine la nueva cosecha... es la del gran sacrificio humano que va a ofrecerse al Dios del futuro. La verdad radiante de la Revolución está allí, muy lejos, fuera del alcance de los vivientes, y no, posiblemente, al abrigo de toda incertidumbre histórica, ni fuera de duda por completo.

Pero la Revolución tiene otra verdad, una verdad más próxima, una verdad humesante y sangrienta, y ésta sí que no está fuera de alcance. Y en ella puede encontrarse satisfacción embriagadora, la emoción de las grandes sacudidas históricas, la poesía de las convulsiones colectivas, el placer de ajustar cuentas, la alegría de inspirar miedo y la de haberlo tenido. Todo esto mañana, todo esto hoy si uno se decide y toma las armas. La Revolución concede la libertad y la felicidad

al final, pero da el Terror al contado y esto hace tener paciencia. Lo digo sin ironía.

El Terror resulta de la conjunción entre una espera pasional de lamuchedumbre, una espera sadomasoquista de la multitud que gusta de aterrorizar, de la que gusta de ser aterrorizada y de ciertas oportunidades gubernamentales. Las fuerzas alimentan el Terror no son engendradas por la Revolución, son éllas las que la engendran, la dirigen y la empujan hacia adelante. Un programa revolucionario, un programa de transformaciones políticas, de nueva distribución de la propiedad o de las desilusiones sociales, no posee por sí mismo una energía suficiente para llegar, en virtud solamente de su dinámica interna, a su completa realización. Es como si para conducirlo a su meta fuese preciso, a veces engancharlo a la locomotora terrorista.

No es bastante decir por decir que es cómodo para los jefes responsables de un movimiento revolucionario desembarazarse definitivamente de las categorías perjudicadas o desposeídas por la Revolución, las cuales tenderían, casi inevitablemente, a constituirse en oposición activa o pasiva y a poner trabas al gobierno revolucionario en su tarea. No es ~~es~~ mismo bastante decir por decir, que es indispensable purificar sin descanso la corriente revolucionario, decantar ese licor violento que brota de una sociedad como si estuviese sometida a la presión de un molino aceitero, sacrificar los elementos perturbadores, co

rrompidos, desmoralizadores, los agitadores, los torpes, los ambiciosos, los intrigantes, los traidores y los tibios. Un ejército en guerra es también una colectividad en estado de crisis y de paroxismo, en el que las energías deben ser estiradas al máximo, en el que la acción que se ventila es vital, y, por tanto, no parece ser necesario aterrorizarlo. Esto podría ser debido precisamente a que un ejército en guerra tiene en frente de él un enemigo a quien matar y, por consiguiente, no es indispensable encontrar un escape a las potencias agónicas elevadas al más alto grado de exaltación. Si la revolución, como la guerra, suprime las barreras de contención, pone al hombre en estado de liberación de los instintos, se hace necesario que los instintos liberados sean canalizados al servicio de la revolución, en lugar de gastarse en vano, o incluso de actuar contra ella.

No es bastante decir, en fin, ni siquiera anotar el interés que tienen para el partido vencedor, o casi vencedor, de colocar al adversario declarado o eventual en ese estado de no resistencia, de anestesia por el espanto, que es el de la presa ante el carnívoro.

Hay en la Revolución una estética de la dureza: "Mirad como yo soy fuerte, como soy implacable, dice el gobierno revolucionario a sus hombres. Mirad como nado sin titubos, sin debilidad, en tanto que ello sea preciso, tanto tiempo como sea preciso y aún un poco más". Ha habido entre hombres como Robespierre y Saint-Just una cierta com-

placencia, una complacencia de actores, para ejercer su papel de sacrificadores inflexibles: "Necesitamos una revolución dura y sangrienta", escribía entre las dos guerras una revista comunista. La guillotina, los peletones de ejecución acompañan a las banderas, las músicas y los himnos; forman parte del material de propaganda. Un programa, ruidosamente anunciado, de ejecuciones capitales, una cierta crueldad, han sido uno de los elementos de éxito de propaganda del nacional-socialismo, como son uno de los elementos del prestigio del marxismo.

### El Terror purificador

El Terror da a la Revolución una mayor potencia de ruptura. Una ma's land (1) cubierta de cadáveres es una de las mejores separaciones que existen entre la sociedad destronada y la sociedad naciente. Un telón de acero aisla del pasado. Se trata de quemar las naves, de crear lo irreparable. Una cabeza cortada es, por definición, lo que no tiene arreglo. Este es el valor de ruptura que fue dado a la ejecución de Luis XVI y que hizo decir a los que deseaban esta ejecución que Luis XVI debía perecer aunque fuese inocente. Nada es más propio que el Terror para dar a la multitud esa extraña y poderosa impresión, bastante embriagadora, de que ha cambiado de mundo. El Terror no es solamente un arma al servicio de la Revolución, en él está lo simbólico. Es el instrumento de creación de lo inexpiable.

Vayamos un poco más lejos. Toda sociedad, como todo individuo, se-